

Vienne, en Vezeronce (1), fué muerto el rey Clodomiro y su cabeza paseada en lo alto de una pica; Godomar recobró, á consecuencia de ello, toda la parte Norte del reino, y reconoció seguramente al rey de los ostrogodos, Teodorico, la posesión de la parte meridional.

Entonces hizo grandes esfuerzos para realzar su Estado: en una asamblea celebrada en Amberieux (2) decretó que todos los extranjeros podían establecerse en el reino y obtener en él tierras; rescató esclavos y dióles una parte del suelo para que lo cultivaran, é invitó á los católicos á que respetaran á los sacerdotes arrianos. Pero los hijos de Clodoveo no cesaban de acechar la Bretaña; así es que cuando en 532 fué asesinado Teodorico y el reino ostrogodo entró en la decadencia, Clotario y Childeberto (su hermano Thierry estaba entonces ocupado en castigar la rebelión de la Auvernia), pusieron sitio á Autún, se apoderaron de ella é hicieron huir á Godomar. En 534, Childeberto, Clotario y Teodeberto, que después del fallecimiento de su padre se unió á los invasores, se repartieron el reino burgundio, quedándose Teodeberto con la parte Norte, con las ciudades de Langres, Besanzón, Avenches, Windisch, Sión, Autún, Chalon-sur-Saone, Vienne y Viviers; Childeberto con el centro, con Macón, Ginebra y Lyon; y Clotario, según parece, con el Sur, con Grenoble, Die y las ciudades vecinas.

El Estado burgundio había durado poco menos de cien años, desde 443 á 534, y este tiempo había bastado para hacer la fusión entre los galo-romanos y los burgundios; los bárbaros se habían dejado conquistar por los restos de la civilización romana, y poco á poco habíanse convertido á la ortodoxia. Las escuelas del monasterio de Agaune fueron célebres, y los burgundios tuvieron un historiador como Mario de Avenches y un escritor poeta como Avito (3). Además, en aquel reino se había realizado una intensa labor legislativa, habiendo sido en él codificadas las costumbres burgundias y las leyes galo-romanas. La Borgoña, aun después de reunida al imperio franco, conservó una verdadera unidad; en los últimos tiempos merovingios reaparecerá con caracteres propios, y quizás actualmente es posible todavía reconocer en los habitantes de las orillas del Saona y del Ródano algunos rasgos físicos y morales de aquellos antiguos borgoñones de siete pies de estatura, resistentes en el trabajo, pero amigos del placer y del buen vino y de soltar la lengua en alegre charla.

Una vez conquistada la Borgoña, trataron los francos de acercarse al Mediterráneo, arrebatando para ello á los ostrogodos los territorios que poseían allende los Alpes. Ayudáronles en esta empresa las circunstancias. Justiniano, emperador de Constantinopla, que acariciaba el proyecto de reconstituir el antiguo imperio romano, había ya puesto fin á la dominación de los vándalos en Africa y en 534 enviaba á Italia el ejército de Belisario. Los ostrogodos habían asesinado á Amalasontha, hija de Teodorico, por ser demasiado favorable á los romanos; Justiniano, que vió en este suceso un pretexto para una intervención, dirigióse á los francos y les prometió grandes sumas de dinero á cambio de su alianza.

(1) Cantón de Morestel, distrito de la Tour-du-Pin (Isere).  
(2) Cantón de Anse, distrito de Villefranche-sur-Saone (Ródano).

(3) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 4.º

Pero Teodato, el nuevo rey de los ostrogodos, ofrecióles, además de iguales sumas, la cesión de la Provenza, proposiciones que reprodujo su sucesor Vitigés y que fueron aceptadas (536). Los tres reyes se repartieron la Provenza del mismo modo que se habían repartido recientemente la Borgoña: Aix, Digne y Glandeve fueron adjudicadas á Teodeberto; Arlés y Marsella á Childeberto, y Clotario recibió probablemente las regiones del Norte, es decir, Orange, Carpentras y Gap. Más adelante, cuando se vió con seguridad que Justiniano triunfaría en Italia, los reyes francos se hicieron confirmar esa cesión por el emperador y se comprometieron á servirle. «A partir de aquel momento, eran dueños de Marsella, colonia de Focea, y de toda la costa; tenían el imperio de aquel mar, y en la ciudad de Arlés presidieron los juegos de circo (4).» Al mismo tiempo que la Provenza, los godos cedieron á los francos la dominación sobre los alamanes que en 506 habían ido á establecerse al Norte de su reino, en Rhetia (5).

En lo sucesivo, el reino de los francos confinaba al Sudeste con el mar; pero en la otra orilla del Ródano la Septimania continuaba en poder de los visigodos. No les faltaban á los francos motivos para atacar á aquel pueblo: en efecto, Amalarico, hijo de Alarico II, habíase casado con Clotilde, hija de Clodoveo; arriano furibundo, persiguió á su mujer católica, hizo que le arrojaran barro al rostro cada vez que se dirigía al templo, y le pegó de un modo tan cruel, que la joven princesa dícese que envió á sus hermanos un sudario manchado con su sangre. Childeberto derrotó en Narbona al rey de los visigodos y le persiguió hasta Barcelona, en donde éste fué asesinado; pero la expedición no dió resultado alguno, pues los visigodos, que acababan de elegir un nuevo rey, Teudis I, conservaron la Septimania (532). Al año siguiente, los francos hicieron un nuevo esfuerzo para conquistar aquel país: Teodeberto, hijo de Thierry, habíase apoderado ya de un gran número de ciudades, cuando la muerte de su padre le obligó á volverse atrás, circunstancia que salvó á la dominación visigoda, continuando la Septimania unida á España. Pero, á excepción de este territorio, toda la Galia quedó sometida á los hijos de Clodoveo.

III.—*Expansión de los francos en el exterior. Expediciones á Italia y á España. Sumisión de los países germánicos* (6).

En el mismo período, los francos invadieron los países vecinos.

Ya hemos visto que habían prometido sucesivamente su alianza á Vitigés y á Justiniano, compromisos contradictorios que conciliaron trabajando por su propia cuenta. En 539, Teodeberto bajó á la península, asesinó á su paso por el Po á mujeres y niños, cuyos cadáveres mandó arrojar al río, y cayó sobre los ostrogodos en Pavia y sobre los romanos cerca de Rávena. La es-

(4) Procopio, *De bello gothico*, III, 33.

(5) Véase anteriormente, pág. 278.

(6) A. Gasquet, *L'empire byzantin et la monarchie franque*, París, 1888. C. Diehl, *Justinien et la civilisation byzantine au VI<sup>e</sup> siècle*, París, 1901. Zeuss, *Die Deutschen und ihre Nachbarn*, Munich, 1837. Riezler, *Geschichte Baierns*, tomo I, Munich, 1879. Lamprecht, *Deutsche Geschichte*, tomo I, Berlín, 1891.

caseo de víveres obligó luego á regresar con su ejército al otro lado de los Alpes.

Pero tenía que volver allí. Cuando Vitigés fué sitiado en Rávena por Belisario, los reyes francos le enviaron emisarios, prometiéndole la ayuda de sus guerreros (1) si quería repartirse la Italia; Vitigés prefirió ser llevado como prisionero á Constantinopla (540). Continuando la lucha entre los bizantinos y los ostrogodos, acaudillados por jefes tan valientes como Ildebaldo y Totila, Teodeberto se estableció en Liguria, en Emilia y en Venecia y fué, durante algunos años, dueño de la Italia del Norte, nombrando obispos francos para las sedes episcopales que dependían del patriarcado de Aquilea (2) y acuñando moneda en Bolonia. El tratado que antes rechazara Vitigés fué aceptado por Totila.

Teodeberto soñaba con mayores conquistas y no quería tolerar que el emperador, que ninguna victoria había obtenido sobre los francos, añadiera á los títulos de Longobárdico y de Gépídico el de Fráncico. Proyectaba penetrar en Tracia, con ayuda de los lombardos, de los gépidos y de los otros pueblos establecidos en el valle del Danubio, y llevar la guerra delante de la misma Constantinopla, y escribió á Justiniano cartas en las cuales le describía con vivo sentimiento de orgullo la grandeza del reino franco. ¿Quiso Teodeberto ir más allá? ¿Pensaba apoderarse del Imperio y vislumbraba ya un sacro imperio romano germánico? Algunos historiadores recientes así lo han afirmado; pero ningún texto prueba que acariciara tal pensamiento. Ver en él á un predecesor de Carlomagno y de Otón *el Grande* es exagerar singularmente el papel que representó; fué simplemente un vigoroso bárbaro que deseaba ensanchar su territorio.

Su hijo Teodebaldo, á su advenimiento al trono, recibió una embajada de Justiniano exigiéndole la ejecución de los antiguos tratados y doliéndose de la política de Teodeberto. Teodebaldo contestó que su padre había guardado á todos sus aliados una «buena fe sin tacha.» y eludió toda promesa relativa á la evacuación de Italia. Los francos permanecieron en el valle del Po, y cuando Narsés, enviado desde Constantinopla para reconquistar la península, llegó por Venecia, opusieronse á su paso (550). En el entretanto, Narsés derrotó á Totila, que fué muerto y cuyo sucesor, Teias, intentó un supremo esfuerzo para salvar al pueblo ostrogodo. El momento habría sido propicio para que los francos extendieran su dominación y suplantaran á los dos adversarios que estaban frente á frente; pero Teodebaldo, que era muy diferente de su padre, no se atrevió á obrar personalmente y se limitó á dejar que dos caudillos alamanes, Leutharis y Bucelín, reunieran un ejército. Avanzaron éstos hasta el Sur de la península, pero ambos fueron vencidos (553-554) y los francos hubieron de retirarse al otro lado de los Alpes. Italia, otra vez bizantina, reparó los males causados por veinte años de guerras.

Las expediciones que en 542 intentaron Childeberto y Clotario contra los visigodos de España terminaron también con un fracaso. Childeberto trajo simplemente de Zaragoza una preciosa reliquia, la túnica de San Vi-

(1) Procopio da la cifra de 50.000 hombres, que parece muy exagerada.

(2) Loening, *Kirchenrecht*, II, págs. 111-118.

cente, en honor de la cual creó, á las puertas de París el monasterio de San Vicente, que más tarde se denominó de San Germán de los Prados, y en el que fué enterrado (3).

Los francos han sido, pues, vencidos allende los Alpes y los Pirineos, pero los visigodos permanecen confinados en la península ibérica. En cuanto al reino de los ostrogodos, ha desaparecido como el de los burgundios. De todos los pueblos que desde el siglo V invadieron el Imperio, el de los francos fué el que prevaleció, á pesar de sus fracasos en Italia y en España: de él puede decirse que es el que dirige la historia. Al otro lado del Rhin, los francos emprenderán la conquista de la Germania, cuyas consecuencias serán tan trascendentales.

Clodoveo había sometido á los germanos que habitaban á orillas del Main y hecho tributaria la región que más adelante tomó el nombre de Francia; tal fué el origen del ducado de Franconia. Posteriormente, después de la segunda victoria alcanzada en 506 sobre los alamanes, una parte de este pueblo, la que habitaba en la orilla derecha del río, había reconocido su autoridad, mientras otra, la que ocupaba la Rhetia y las comarcas del Sur del lago de Constanza, se entregaba al rey de los ostrogodos, Teodorico; pero cuando en 536 hubo abandonado esta última á los francos (4), éstos se encontraron con que tenían por tributario á todo el pueblo alamán, desde el Rhin al Lech y desde el Neckar á los Alpes. Este pueblo, sin embargo, siguió teniendo caudillos nacionales, pues los dos guerreros Leutharis y Bucelín (5) eran duques alamanes.

Al otro lado del Lech estaban los bávaros, cuyo nombre aparece entonces por vez primera en la historia, y en los cuales hemos de reconocer indudablemente á los antiguos marcomanos que en el siglo I de nuestra era se habían establecido en el valle superior del Elba. Este territorio, que forma un cuadrilátero de montañas, habitado en otro tiempo por los celtas boianos, había tomado la denominación de Bohemia, *Bajas*, nombre que se extendió á los marcomanos en la forma de *Baiowarii*, bávaros. Hacia el año 500 aproximadamente, los bávaros abandonaron la Bohemia ante las invasiones de los tcheques eslavos, y se establecieron á ambos lados del Danubio, penetrando después lentamente en los valles superiores de los Alpes. Tenían sus duques y una familia ducal, la de los Agilolfingios; el primer duque de quien se hace mención, Garibaldo, se casó con la viuda del rey Teodebaldo, y desde aquel momento los bávaros se reunieron con los francos, bien que conservando sus instituciones propias, sus leyes y sus caudillos nacionales (6).

(3) Se ha encontrado su tumba en la iglesia de San Germán. *Nouveaux documents sur le tombeau de Childébert au monastère de Saint-Germain des Prés*, en el «Bulletin de la Société des antiquaires», segundo semestre, 1887, págs. 109-118.

(4) Véase la página anterior.

(5) Véase la columna anterior.

(6) Conservóse el recuerdo de la sumisión de los alamanes y de los bávaros á los hijos de Clodoveo. En los prólogos de las leyes de las dos naciones se refiere que Thierry convocó en Chalons-sur-Marne á hombres sabios y experimentados en leyes, los cuales redactaron los usajes de estos pueblos, modificando las antiguas costumbres y amoldándolas á las creencias cristianas. En realidad, durante el reinado de Thierry, ni los alamanes ni los bávaros habían abrazado el cristianismo.

En el centro de Alemania, entre el Ocker y el cuadrilátero de Bohemia, entre el Weser y el Saale, afluente del Elba, extendíase el reino de los thuringios, quienes son los mismos indudablemente que los hermenduros, los «grandes duros,» de que habló Tácito, y absorbieron á otros pueblos, especialmente á los sajones y warinos (1). Los thuringios tenían un rey, Basin, y al morir éste á principios del siglo VI, el reino se dividió entre sus tres hijos, Baderico, Hermanefrido y Bertario. Entre los thuringios y los francos menudeaban los conflictos, realizando unos y otros excursiones de saqueo y numerosas razzias.

La epopeya había de amplificar estas luchas y darles una grandiosidad trágica; así se dice que el rey de los francos, Thierry, recordó á sus guerreros las fechorías de los thuringios en los siguientes términos:

«Acordaos de la muerte de vuestros allegados, sobre los cuales cayeron los thuringios causándoos males sin cuento. Nuestros padres, después de haber dado rehenes, quisieron vivir en paz con ellos; pero ellos hicieron perecer á los rehenes con diversos géneros de muerte y se arrojaron de nuevo sobre vuestros parientes, arrebatándoos sus bienes. Ataron á los niños á los árboles por los nervios del muslo; dieron muerte cruel á más de doscientas doncellas, á quienes ataban por los cabellos al cuello de los caballos, obligando luego á éstos con acerados agujones á correr de un lado á otro hasta que los cuerpos de aquéllas quedaban despedazados. Otras fueron tendidas sobre las rodadas de los caminos y clavadas en el suelo por medio de estacas, haciéndose luego pasar por encima de ellas pesados carros que les rompían los huesos y dejando que fueran pasto de los perros y de las aves de presa.»

Sea de ello lo que fuere, Thierry para vengar á los francos pensó en destruir el reino de los thuringios, á cual objeto intervino en las contiendas de los tres hermanos y prestó ayuda á Hermanefrido contra Baderico, quien sucumbió en la lucha. El temor que al rey franco inspiraba el rey de los ostrogodos, Teodorico, tío de Hermanefrido, impidióle en aquel entonces realizar conquistas; pero en 531, ayudado por su hermano Clotario, atacó á Hermanefrido que, por muerte de Bertario, era rey único de su pueblo, y le derrotó á orillas del Unstrutt, afluente del Saale. Después se lo atrajo con halagüeñas promesas; «pero un día que departían juntos sobre las murallas de Tolbiac, el thuringio, empujado no sé por quién, cayó desde el muro y falleció. ¿Quién le arrojó desde aquella altura? Lo ignoramos; muchos pretenden, sin embargo, que en este suceso fué manifiesta la astucia de Thierry (2).»

El reino de los thuringios fué anexionado al de los francos. Entre los prisioneros estaba Radegunda, hija del rey Bertario; Thierry y Clotario por poco vienen á las manos á causa de la hermosa cautiva que al fin tocó en suerte al segundo, quien se casó con ella. Pero habiendo el rey de los francos mandado dar muerte á uno de los hermanos de Radegunda, ésta abandonó á su esposo y se retiró á Poitiers, en donde edificó el monaste-

(1) La antigua ley de esta nación lleva el título de: *Lex Anglorum et Werinorum, hoc est Thuringorum*. Véase Kónnecke, *Das alte thüringische Königreich und sein Untergang*, Quedfurt, 1894.

(2) Gregorio de Tours, III, 8.

rio de Santa Cruz y se hizo amiga del poeta Fortunato. Esta princesa de Thuringia, cuya infancia, alimentada con leyendas paganas, había visto la barbarie germánica, los horrores de la guerra y la ruina de su nación, envejeció y murió tranquila en la paz del claustro (3).

Al Norte de los thuringios, en la vasta llanura de Alemania, habitaban los sajones. Ya hemos visto cómo este nombre, que en un principio designaba únicamente á una pequeña tribu, se extendió á todo el grupo de poblaciones ribereñas del mar del Norte (4). Los sajones no formaban como los thuringios un Estado único, sino que eran un grupo de pueblos que á veces se confederaban unos con otros en múltiples combinaciones, y se dividían en tres regiones geográficas: los westfalios, los angarios y los ostfalios. Los reyes francos se aliaron con ellos, en 531, contra la Thuringia, y recibieron de ellos un tributo; pero en 555, cuando Clotario hubo tomado posesión de los países germánicos, los sajones se rebelaron y arrastraron en su defección á los thuringios; en vista de lo cual Clotario devastó la Thuringia y trabó con los sajones reñida batalla, en la que hubo muchos muertos por ambas partes. En 556 reali-



Tumba de Clotario I

zó una nueva expedición, que la leyenda ha embellecido: según ésta, al aproximarse Clotario, los sajones le pidieron humildemente la paz, ofreciéndole sucesivamente la mitad de sus bienes, sus vestiduras y sus rebaños, y la mitad de sus tierras; el rey inclinóse á aceptar tales ofrecimientos, pero sus guerreros los rechazaron y al fin obligaron á su caudillo á presentar batalla. La acción fué un desastre para los francos, á pesar de lo cual los sajones siguieron pagando, durante cierto tiempo, un tributo anual de 500 vacas.

Al Norte de los sajones, en la península de Jutlandia, vivían los daneses y desde esta época varios guerreros de este pueblo, tripulando rápidas embarcaciones, iban á insultar á los habitantes de las costas del reino de los francos. Hacia el año 515, cierto número de daneses mandados por el rey Coquilaico desembarcaron cerca de la desembocadura del Rhin y llenaron sus barcos de botín y de cautivos; pero Thierry acababa de en-

(3) Véase Carlos Nisard, *Le poète Fortunat*, París, 1890. Véase más adelante, capítulo V, párrafo 2.º

(4) Respecto de estos pueblos germánicos, véase anteriormente, págs. 256 y siguientes.

viar contra ellos a su hijo Teodeberto, el cual sorprendió al monarca danés y lo mató, venciendo luego a los piratas en un combate naval y recuperando el botín. Esta expedición hizo brotar en tierra danesa infinidad de epopeyas populares que fueron resumidas en el canto germánico de Beowulfo, escrito en Inglaterra en el siglo VIII (1). El rey Coquilaco es el antecesor de los caudillos normandos que en el siglo IX devastarán las costas del imperio carolingio.

De suerte que los francos sometieron la Germania y avanzaron hasta las fronteras del mundo eslavo y húngaro, hasta el Danubio, el Saale y el Elba. Teodeberto contestaba orgullosamente a Justiniano que le preguntaba sobre qué poblaciones reinaba: «Con la misericordia de Dios hemos subyugado a los thuringios, adquirido sus provincias y destruído la raza de sus reyes; los suabios del Norte, tan orgullosos, están sometidos; los visigodos bajan la cabeza, y nuestra dominación se extiende desde las orillas del Océano hasta el Danubio y los límites de la Pannonia y abarca la Italia septentrional, los sajones y los eucios (2), que espontáneamente se han entregado a nosotros.»

En el curso del presente capítulo los hijos de Clodoveo se nos han aparecido como verdaderos bárbaros; y en efecto, ni el contacto de la civilización romana ni la influencia del cristianismo fueron bastantes a suavizarlos. Cometían espantosas matanzas, destruyen ciudades y dejan en pos de sí el desierto; crueles para con las naciones enemigas, detéstanse unos a otros, tiéndense emboscadas y no retroceden ante el asesinato. No tienen, al parecer, más que una mira: redondear su patrimonio y llenar su tesoro de oro, de plata, de piezas de orfebrería y de vestiduras de seda. Gregorio de Tours, en una narración legendaria, pero característica, dice que durante la segunda expedición a Thuringia, Thierry, á pretexto de charlar un rato con Clotario, atrae á éste á su tienda, en donde tiene dispuestos algunos asesinos que á una señal convenida han de arrojarle sobre su hermano; mas éste, comprendiendo la celada, porque los pies de los asesinos asoman por debajo de la cortina, no despidió su escolta. Thierry, sumamente perplejo y no sabiendo qué actitud tomar, regala una bandeja de plata á Clotario, pero cuando éste se retira, monta aquél en cólera y quiere recobrar el objeto regalado, á cual fin despacha á su hijo, quien, halagando á su tío, vuelve con la bandeja. «Thierry era muy hábil en sus estratagemas.»

Y sin embargo, parece que á estos bárbaros les guía una idea; han querido llegar á los límites que César señalaba á la Galia, á saber, los Pirineos, los Alpes y el Rin, y casi han logrado realizar su propósito. Después

(1) Beowulfo era sobrino del rey muerto y se distinguió en la batalla. Véanse las ediciones de Kemble, Londres, 1883; de Simrock, 1869; de Heyne, Paderborn, 1879, de Holder, Fribourg-en-Brigau, 1896 y 1899. Julio Zupitza ha reproducido en fototipia el único manuscrito que se encuentra en el British Museum, Londres, 1882, en la «Early English Text Society.» Véase Müllenhoff, en la *Zeitschrift für deutsches Altertum*, tomo II. Dederich, *Studien zum angelsächsischen Beowulflied*, Copenhague, 1877.

(2) Los eucios son seguramente los mismos que los jutes. Véase Zeuss, *Die deutschen und ihre Nachbarstämme*, pág. 146. Respecto de los suabios del Norte, vecinos de los sajones, véase la misma obra, pág. 362.

se han extendido por el exterior y sus expediciones á Italia recuerdan las de los galos, cuyo puesto ocupan y son presagio de otras que serán igualmente inútiles. Allende el Rin han descubierto nuevamente, por decirlo así, aquel país de Germania de donde eran oriundos, y han abierto el camino para la grande obra de conversión de las poblaciones alemanas al cristianismo. Sus conquistas son el comienzo de la historia de Alemania.

## CAPITULO II

### LOS NIETOS DE CLODOVEO HASTA LA REUNIÓN DE LA MONARQUÍA FRANCA BAJO CLOTARIO II

I. Primeras guerras civiles hasta el asesinato de Sigeberto (561-575). —II. Continuación de las guerras civiles hasta el asesinato de Chilperico (575-584). —III. Historia interior hasta la muerte de Gontrán (593) y de Childeberto (596). Rebelión de los magnates. —IV. Brunequilda y sus nietos (596-613). —V. Guerras de los francos contra los bretones y los vascos. Expediciones al exterior.

#### I.—Primeras guerras civiles hasta el asesinato de Sigeberto (561-575) (3)

La época de los nietos de Clodoveo ofrece un gran contraste con la anterior; en lo sucesivo se suspenden las conquistas y los merovingios emplearán unos contra otros su energía guerrera y su violencia.

El rey Clotario I dejó cuatro hijos, Cariberto, Gontrán, Sigeberto y Chilperico, el último de los cuales, más emprendedor que sus hermanos, trató de hacerse dueño de todo el reino, se apoderó de los tesoros que Clotario había juntado en su quinta de Berny (4) y entró en París, que cada día adquiría mayor importancia. Esto no obstante, sus hermanos le obligaron á repartir el reino conforme á la costumbre, cometiéndose entonces los mismos yerros que en 511, si bien en su detalle sufrieron los lotes algunas modificaciones. Cariberto tuvo por capital París y por reino toda la Galia, desde el Bresle hasta los Pirineos, con Ruán, Tours, Poitiers, Limoges, Burdeos y Tolosa; Gontrán recibió como reino el Berry y los valles del Saona y del Ródano, con Orleans por capital; Sigeberto se estableció en Reims y reinó en los países del Este bañados por el Mosa y por el Rin y, allende este río, en las tribus germánicas hasta el Elba, quedándose además, como en otro tiem-

(3) FUENTES.—Además de Gregorio de Tours y de Mario de Avenches, véase Fortunato, *Opera poetica et pedestria*, edición Leo y Krusch en los *Monumenta Germaniae*, en 4.º, *Auctores antiquissimi*, tomo IV, traducción francesa de C. Nisard (en el tomo XXVIII de la colección Nisard). Véase C. Nisard, *Le poète Fortunat*, París, 1890.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras indicadas en el capítulo precedente, Augusto Thierry, *Récits des temps mérovingiens* (en las Obras completas, tomos VII y VIII). Huguénin, *Histoire du royaume d'Austrasie*, París, 1862. A. Digot, *Histoire du royaume d'Austrasie*, cuatro volúmenes, Nancy, 1863 (obra llena de disertaciones curiosas é interesantes). Gerard, *Histoire des Francs d'Austrasie*, dos volúmenes, Bruselas, 1866. Gaillard, *Mémoire sur Frédégonde et Brunehaut*, en las «Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres,» tomo XXX (1764). A. Flobert, *Brunehaut*, estudio histórico, Colmar, 1863. Drapeyron, *La reine Brunehilde et la crise sociale du VIº siècle*, Besançon, 1867. G. Kurth, *La reine Brunehaut*, en la «Revue des Questions historiques,» tomo XXVI (1891). E. Roussel, *Le roi Chilperich*, en los «Annales de l'Est,» 1897.

(4) Cantón de Vic-sur-Aisne, distrito de Soissons (Aisne).

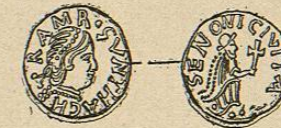
po Thierry, con la Auvernia y una parte de Provenza; Chilperico obtuvo una porción mucho más pequeña que las de sus hermanos, con Soissons por capital y las ciudades del Noroeste, á saber: Amiéns, Arrás, Cambrai, Therouanne, Tournai y Boulogne. Y este lote aún había de quedar muy pronto más reducido: en efecto, Chilperico, aprovechándose de una expedición de Sigeberto contra los avaros, se arrojó sobre Reims, pero su hermano le quitó lo que había conquistado y además se apoderó de Soissons, conservándola en su poder.

El primogénito de estos reyes, Cariberto, murió en 567 y sus Estados fueron repartidos entre sus tres hermanos sobrevivientes, de una manera bastante extraña. Chilperico obtuvo la parte Norte y la parte Sur, Ruán, Evreux, Angers y la Bretaña, por un lado, y Burdeos, Cahors, Limoges, el Bearn y el Bigorre, por otro. A Sigeberto le fueron adjudicadas las ciudades de Tours y de Poitiers, y á Gontrán las de Saintes, Angulema y Perigueux. A consecuencia de estos sucesivos repartos, los diversos lotes se metían unos dentro de otros, con lo que cada uno de los reyes sentía gran tentación de redondearse en detrimento del vecino y de suprimir aquellas empotradas. Los tres hermanos no pudieron llegar á un acuerdo respecto de la posesión de París, por lo que decidieron dejar la ciudad indivisa y gobernarla en común sin que ninguno de ellos pudiera entrar por sus puertas sin permiso de los otros dos.

El mismo año en que murió Cariberto aparecían las dos mujeres cuyos nombres llenan la historia de este período. El rey Sigeberto, cuyas costumbres eran más morigeradas que las de sus hermanos, no se había unido, como éstos, con siervas, sino que aspiraba á casarse con una hija de rey. La corte de los visigodos de España estaba entonces en todo su esplendor, y entre los francos no se hablaba de otra cosa que de las magnificencias de Toledo. Sigeberto envió una embajada al rey Atanagildo, pidiéndole la mano de su hija Brunequilda, que le fué otorgada, pues los visigodos esperaban que este enlace pondría término á las largas guerras que les habían hecho los francos. Brunequilda abjuró el arrianismo y confesó la Santa Trinidad, y el matrimonio se celebró en la ciudad de Metz. Hallábase allí entonces un joven poeta, Fortunato, que acababa de salir de Trevisa, su patria, y de recorrer el Sur de Alemania, y que buscaba medios de subsistencia entre los francos. Fortunato cantó el epitalamio en versos en los cuales intervenían todas las divinidades del Olimpo, y los francos cristianos oyeron al Amor ensalzando el valor de Sigeberto y á la misma Venus celebrar la belleza de Brunequilda. «nueva perla que España ha puesto en el mundo.» La joven reina causó impresión profunda en cuantas personas la rodeaban; el obispo Gregorio de Tours pondera los encantos de la figura, la gracia de su porte, los atractivos de su conversación. Criada en aquella corte de España en donde se había conservado la civilización romana, había recibido una educación brillante; hablaba muy bien el latín y fué seguramente la única, de entre todos los concurrentes, que comprendió las alusiones prodigadas por el vate en sus versos. Pero Brunequilda en aquella fecha no tenía aún ideas de gobierno, y hubo de encontrarse por de pronto extrañada é inquieta en aquel mundo desconocido en donde la suerte la había colocado; hasta más adelante no se des-

arrollaron sus facultades de energía y de perseverancia y sus talentos políticos.

Aquel matrimonio proporcionó á Sigeberto gran nombre, y Chilperico tuvo envidia de su hermano. Casado con Audovera, tuvo de ella tres hijos, Teodeberto, Meroveo y Clodoveo; luego la repudió y vivía en la crápula, sometido al imperio de una sirvienta Fredegunda. Pero después de la boda de Sigeberto, se deshizo de aquella criada y pidió á Atanagildo la mano de su hija Galswinta, que le fué concedida por el rey de los visigodos; convenida la dote, Chilperico prometió dejar á su esposa como viudedad las ciudades y las regiones del Mediodía que recientemente le habían sido adjudicadas como parte de la herencia de Cariberto, á saber, Burdeos, Cahors, Limoges, el Bearn y el Bigorre. Galswinta se trasladó á la Galia, y en un principio fué muy amada por su esposo, «porque había traído consigo



Moneda de Gontrán

grandes tesoros;» mas el rey se cansó muy pronto de aquella compañera dulce y resignada y reanudó sus antiguos amores.

Una mañana Galswinta fué encontrada estrangulada en la cama; pocos días después, Chilperico se casó con Fredegunda y mandó dar muerte á su primera esposa Audovera.

Sigeberto, para vengar á su cuñada, preparó la guerra; pero Gontrán impuso su mediación y se entablaron negociaciones; y como un asesinato podía rescatarse por una composición, Chilperico renunció á la posesión de los territorios que formaban la viudedad de Galswinta, entregándoselos á Sigeberto. De este modo se evitó la guerra civil, que no estallará hasta seis años después, en 573, y que con treguas más ó menos largas proseguirá hasta 613.

¿Cuál fué el verdadero carácter de aquellas luchas? Muchos han visto en ellas la rivalidad de dos mujeres, Brunequilda y Fredegunda; pero, según parece, ni una ni otra representaron en un principio el papel que se les ha atribuído. Brunequilda había aceptado el precio de la sangre cuando su marido recibió la viudedad de Galswinta, y no le era, por ende, lícito perseguir una venganza: el odio de aquellas dos mujeres dió á la guerra civil un carácter atroz, pero el origen de la lucha debe buscarse en otras causas.

Se ha pretendido también que aquel conflicto era el de dos razas, hablándose á este efecto de una oposición entre la Francia del Oeste, en donde se mantuvo preponderante el elemento romano, y la Francia del Este, en donde dominaban los germanos y en donde se instalaban sin cesar nuevos bárbaros, procedentes del otro lado del Rin. De ser esto así, tendríamos ya planteada entonces la rivalidad entre Neustria y Austrasia; sin embargo, el nombre de Neustria es completamente desconocido para Gregorio de Tours (1), quien emplea las

(1) La palabra *Neustrii* la encontramos usada por primera vez, á principios del siglo VII, en la *Vie de Colomban*, por Jonas, capítulo XLVIII.